

Al cabo de ellos, cuando se informó de que yo estaba enteramente restablecido del quebranto que había padecido mi salud con el naufragio, entró en mi cuarto con el intérprete, y me dijo: — Y bien, español, ¿es mejor mi casa que la mar? ¿te hallas bien aquí? ¿estás contento? — Señor, le dije, es muy notable la diferencia que me proponéis; vuestra casa es un palacio, es el asilo que me ha libertado de la indigencia y el más seguro puerto que he hallado después de mi naufragio; ¿no deberé estar contento en ella y reconocido á vuestra liberalidad y beneficencia?

Desde entonces me trató el isleño con el mayor cariño. Todos los días me visitaba y me puso maestros que me enseñaran su idioma, el que no tardé en aprender imperfectamente, así como él sabía el español, el inglés y francés, porque de todos entendía un poco, aunque lo champurraba mucho con el suyo.

Sin embargo, yo hablaba mejor su idioma que él el mío, porque estaba en su tierra y me era preciso hablar y tratar con sus naturales. Ya se ve, no hay arte más pronto y eficaz para aprender un idioma, que la necesidad de tratar con los que lo hablan naturalmente.

A los dos ó tres meses ya sabía yo lo bastante para entender al isleño sin intérprete, y entonces me dijo que era hermano del tután ó virrey de la provincia, cuya capital era aquella isla llamada Saucheofú; que él era su

segundo ayudante y se llamaba Limahotón. A seguida se informó de mi nombre y de la causa de mi navegación por aquellos mares, como también de cuál era mi patria.

Yo le satisfacé á todo, y él mostró condolerse de mi suerte, admirándose igualmente de algunas cosas que le conté del reino de Nueva España.

Al día siguiente á esta conversación me llevó á conocer á su hermano, á quien saludé con aquellas reverencias y ceremonial en que me habían instruído, y el tal tután me hizo bastante aprecio; pero con todo su cariño me dijo:—¿Y tú, qué sabes hacer? Porque aunque en esta provincia se usa la hospitalidad con todos los extranjeros, pobres ó no pobres, que aportan á nuestras playas, sin embargo, con los que tratan de detenerse en nuestras ciudades no somos muy indulgentes, pasado cierto tiempo, sino que nos informamos de sus habilidades y oficios para ocuparlos en lo que saben hacer, ó para aprender de ellos lo que ignoramos. El caso es que aquí nadie come nuestro arroz ni la sabrosa carne de nuestras vacas y peces, sin ganarlo con el trabajo de sus manos. De manera, que al que no tiene ningún oficio ó habilidad se lo enseñamos, y dentro de uno ó dos años ya se halla en estado de desquitar poco á poco lo que gasta el tesoro del rey en fomentarlo. En esta virtud, dime qué oficio sabes, para que mi hermano te recomiende en un taller donde ganes tu vida.

Sorprendido me quedé con tales avisos, porque no sabía hacer cosa de provecho con mis manos, y así le contesté al tután:—Señor, yo soy noble en mi tierra, y por esto no tengo oficio alguno mecánico, porque es bajeza en los caballeros trabajar corporalmente.

Perdió su gravedad el mesurado mandarín al oír mi disculpa, y comenzó á reír á carcajadas, apretándose la barriga y tendiéndose sobre uno y otro cojín de los que tenía á los lados, y cuando se desahogó me dijo:—¿Conque en tu tierra es bajeza trabajar con las manos? ¿Luego cada noble en tu tierra será un tután ó potentado, y según eso todos los nobles serán muy ricos?—No, señor, le dije, no son príncipes todos los nobles, ni son todos ricos; antes hay innumerables que son pobrísimos, y tanto, que por su pobreza se hallan confundidos con la escoria del pueblo.

—Pues entonces, decía el tután, siendo esos ejemplares repetidos, es menester creer que en tu tierra todos son locos caballerescos; pues mirando todos los días lo poco que vale la nobleza á los pobres, y sabiendo lo fácil que es que el rico llegue á ser pobre y se vea abatido, aunque sea noble, tratan de criar á los hijos hechos unos holgazanes, exponiéndolos por esta especie de locura á que mañana ú otro día perezcan en las garras de la indigencia.

Fuera de esto, si en tu tierra los nobles no saben

valerse de sus manos para buscar su alimento, tampoco sabrán valer á los demás, y entonces dime: ¿de qué sirve en tu tierra un noble ó rico, que me parece que tú los juzgas iguales? ¿de qué sirve uno de estos, digo, al resto de sus conciudadanos? Seguramente un rico ó un noble será una carga pesadísima á la república.

—No, señor, le respondí, á los nobles y á los ricos los dirigen sus padres por las dos carreras ilustres que hay, que son las armas y las letras, y en cualquiera de ellas son utilísimos á la sociedad.

—Muy bien me parece, dijo el virrey. ¿Conque á las armas ó á las letras está aislada toda la utilidad por venir de tus nobles? Yo no entiendo esas frases. Dime, ¿qué oficios son las armas y las letras?

—Señor, le contesté, no son oficios sino profesiones, y si tuvieran el nombre de oficios, serían viles y nadie querría dedicarse á ellas. La carrera de las armas es aquella donde los jóvenes ilustres se dedican á aprender el arte de la guerra con el auxilio del estudio de las matemáticas, que les enseña á levantar planos de fortificación, á minar una fortaleza, á dirigir simétricamente los escuadrones, á bombardear una ciudad, á disponer un combate naval y á cosas semejantes, con cuya ciencia se hacen los nobles aptos para ser buenos generales, y ser útiles á su patria, defendiéndola de las incursiones de los enemigos.

— Esa ciencia es noble en sí misma y demasiado útil á los ciudadanos, dijo el chino, porque el deseo de la conservación individual de cada uno exige apreciar á los que se dedican á defenderlos. Muy noble y estimable carrera es la del soldado; pero dime: ¿por qué en tu tierra son tan exquisitos los soldados? ¿qué, no son soldados todos los ciudadanos? Porque aquí no hay uno que no lo sea. Tú mismo, mientras vivas en nuestra compañía, serás soldado y estarás obligado á tomar las armas con todos, en caso de verse acometida la isla por enemigos.

— Señor, le dije, en mi tierra no es así. Hay porciones de hombres destinados al servicio de las armas, pagados por el rey, que llaman ejércitos ó regimientos, y esta clase de gentes tiene obligación de presentarse sola delante de los enemigos, sin exigir de los demás, que llaman paisanaje, otra cosa que contribuciones de dinero para sostenerse, y esto no siempre, sino en los graves apuros.

— Terrible cosa son los usos de tu tierra, dijo el tután; ¡pobre rey, pobres soldados y pobres ciudadanos! ¡qué gasto tendrá el rey! ¡qué expuestos se verán los soldados y qué mal defendidos los ciudadanos por unos brazos alquilados! ¿No fuera mejor que en caso de guerra todos los intereses y personas se reunieran bajo un único punto de defensa? ¿Con cuánto más empeño pelearían en

este caso y qué temor impondría al enemigo esta unión general? Un millón de hombres que un rey ponga en campaña á costa de mil trabajos y subsidios, no equivale á la quinta parte de la fuerza que opondría una nación compuesta de cinco millones de hombres útiles de que se compusiera la misma nación. En este caso habría más número de soldados, más valor, más resolución, más unión, más interés y menos gasto. Á lo menos así lo practicamos nosotros y somos invencibles para los tártaros, persas, africanos y europeos.

Pero toda esta es conversación. Yo no entiendo la política de tu rey, ni de los demás de Europa, y mucho menos tengo noticia del carácter de sus naciones; y pues ellos, que son los primeros interesados, así lo disponen, razón tendrán; aunque siempre me admiraré de este sistema. — Mas, supuesto que tú eres noble, dime, ¿eres soldado?

— No, señor, le dije; mi carrera la hice por las letras. — Bien, dijo el asiático; ¿y qué has aprendido por las letras ó las ciencias, que eso querrás decir?

Yo, pensando que aquél era un tonto, según había oído decir que lo eran todos los que no hablaban castellano, le respondí que era teólogo. — ¿Y qué es teólogo? dijo el tután. — Señor, le respondí, es aquel hombre que hace estudio de la ciencia divina, ó que pertenece á Dios. — ¡Hola, dijo el tután; este hombre deberá ser

eternamente adorable! ¿Conque tú conoces la esencia de tu Dios á lo menos? ¿Sabes cuáles son sus atributos y perfecciones y tienes talento y poder para descorrer el velo á sus arcanos? Desde este instante serás para mí el mortal más digno de reverencia. Siéntate á mi lado, y dignate de ser mi consejero.

Me sorprendí otra vez con semejante ironía, y le dije: — Señor, los teólogos de mi tierra no saben quién es Dios ni son capaces de comprenderlo; mucho menos de tantear el fondo infinito de sus atributos, ni de descubrir sus arcanos. Son unos hombres que explican mejor que otros las propiedades de la Deidad y los misterios de la religión.

— Es decir, contestó el chino, que en tu tierra se llaman teólogos los santones, sabios ó sacerdotes, que en la nuestra tienen noticias más profundas de la esencia de nuestros dioses, de nuestra religión ó de sus dogmas; pero por saber sólo esto y enseñarlo no dejan de ser útiles á los demás con el trabajo de sus manos; y así á tí nada te servirá ser teólogo de tu tierra.

Viéndome yo tan atacado, y procurando salir de mi ataque á fuerza de mentiras, creyendo simplemente que el que me hablaba era un necio como yo, le dije que era médico. — ¡Oh! dijo el virrey; esa es gran ciencia, si tú no quieres que la llame oficio. ¡Médico! ¡buena cosa! Un hombre que alarga la vida de los otros y los arranca